

LIDERAZGO MISIONAL EN UN MUNDO CAMBIANTE: UNA RELECTURA DE LA *MISSIO ECCLESIAE* A LA LUZ DE LA *MISSIO DEI*

Jaciel Pedro Hernández Sotomayor

Introducción

Un espíritu dispuesto, puede ser más determinante que la habilidad de un experto. Quien presenció a aquellos pescadores diestros en su oficio regresar con las manos vacías, no imaginó que se lanzarían otra vez a las aguas por la palabra de un desconocido. Jesús estaba en la orilla de Genesaret y, mientras la multitud se agolpaba para escucharle hablar, se percató de unos pescadores que limpiaban sus redes. Habían pescado toda la noche sin lograr nada. Pero Jesús les reta a intentarlo nuevamente: “Vayan mar adentro y vuelvan a echar la red.” Naturalmente, la exhortación de Jesús parecía inútil; ya había pasado el tiempo idóneo para pescar. Aquellos hombres estaban cansados y las circunstancias estaban en su contra. Sin embargo, regresaron con las redes abarrotadas de peces.

Este relato no solo describe un milagro, sino que revela una verdad misional profunda: la iniciativa siempre es de Dios, y nuestra tarea es discernirla y responder con obediencia. Antes de toda estrategia, planificación o esfuerzo humano, Dios actúa y convoca. La iglesia no origina la misión; participa de ella. Esta convicción, expresada hoy en la categoría teológica de la *missio Dei*, constituye un punto de partida imprescindible para repensar el liderazgo eclesial en contextos cambiantes.

Mientras navegamos confiando en nuestra vocación y en nuestros mapas usuales, Jesús nos desafía a romper los límites de la lógica y hacerlo a su manera. Por lo general, respondemos con mucho sentido común: somos profesionales formados en un seminario, conocemos las técnicas, tenemos vocación. Pero incluso así, podemos trabajar toda la noche y que nuestra labor sea infructuosa. A menudo sentimos frustración al regresar con las redes vacías sin comprender que el dueño de la Iglesia sabe exactamente cómo y cuándo llenarlas.

Vivimos en un mundo profundamente cambiante, donde nuestras brújulas misionales ya no nos guían hacia donde debemos ir; nuestras formas están desactualizadas y representan una realidad pasada. Hemos aprendido a ministrar basándonos en categorías concebidas para un mundo que ya no existe. Nuestras suposiciones ya no tienen sentido y nuestros procesos y planificaciones no nos aportan los fines por los que fueron diseñados.¹ En medio de todos estos cambios disruptivos y esfuerzos frustrados, nos hemos desorientado buscando revitalizar a la iglesia mediante programas humanos, estructuras o estrategias humanas, desplazando el discernimiento espiritual y reduciendo la misión a un problema técnico.

Esta tensión ha llevado, con frecuencia a mantener las formas institucionales establecidas de la iglesia, por encima de cumplir efectivamente la misión; incluso nuestros mayores esfuerzos solo consiguen sobrevivir o reajustar tácticas conocidas. La iglesia del siglo XXI tiene una necesidad latente; como afirma Roxburg acertadamente: “La iglesia de hoy requiere una transformación de la imaginación, la organización, la práctica y el liderazgo.”² En este contexto,

¹ Alan Roxburg, *Missional Map-Making: Skills for leading in times of transition* (Published by Jossey-Bass: San Francisco, 2010), xvii.

² Roxburg, *Missional Map-Making*, 21.

el desafío del liderazgo cristiano no es simplemente adaptarse al cambio, sino ser repensado desde la misión de Dios de manera que recupere claridad teológica, coherencia práctica y sensibilidad contextual.

Desde esta premisa, el presente artículo propone un dialogo crítico entre la *missio Dei* y la *missio ecclesiae* con el fin de reconfigurar el liderazgo y quehacer misional de la iglesia en un mundo cambiante. Se sostiene que la fidelidad exige coherencia entre las teologías que la iglesia confiesa y las prácticas que encarna, y que la misión, por su propia naturaleza, es encarnada y contextual. A partir de este marco, el artículo se articula en tres movimientos principales: la afirmación de la fidelidad misional como criterio normativo, el análisis de la brecha entre teologías explícitas e implícitas, y la reflexión sobre la vocación encarnada de la iglesia en contextos culturales concretos.

Fidelidad Misional

La misión de Dios como criterio bíblico normativo

Toda reflexión sobre liderazgo cristiano debe de comenzar, de manera decisiva, con la misión de Dios; y toda reflexión sobre la misión debe de comenzar necesariamente con las Escrituras. Como bien afirma C. Wright: “La misión es justamente aquello de lo cual se ocupa la Biblia.”³ En este sentido no solo podemos hablar de la base bíblica de la misión, sino también—y con igual validez—de la base misional de la Biblia.

De principio a fin, la Escritura narra la iniciativa de Dios para crear, redimir y reconciliar a su creación. La misión no es solo un tema, sino la lógica interna de toda la Escritura. La elección de Abraham en Génesis 12 no constituye un privilegio exclusivo, sino un llamado con una clara orientación misional: ser una bendición para todas las naciones. De manera similar, la elección de Israel se entiende como el llamamiento de un pueblo a dar testimonio del carácter y del propósito de Dios en medio de la tierra. El metarrelato misional alcanza su clímax en la encarnación, donde Dios no solo envía su mensaje, sino que participa activamente en la historia humana en la persona de Jesucristo. La iglesia, a su vez, es enviada siguiendo el mismo patrón encarnacional—“como el Padre me envía, así yo los envío”—y participa anticipadamente de la esperanza escatológica de la nueva creación. Desde esta perspectiva, la Biblia no contiene la misión como tema secundario; más bien, la misión constituye el hilo narrativo que da coherencia al testimonio bíblico.

Entonces, la fidelidad misional no comienza preguntando qué modelos de liderazgo son más eficaces, sino discerniendo qué está haciendo Dios y cómo su pueblo es llamado a participar en esa obra. La misión de Dios precede, redefine y juzga el liderazgo cristiano; por eso toda renovación del liderazgo y la misión de la iglesia debe seguir, más que el éxito institucional, la fidelidad misional. Cuando esta convicción mencionada anteriormente, se pierde, el liderazgo se vuelve autorreferencial, y la iglesia corre el riesgo de confundir actividad con fidelidad.

Afirmar que la misión de Dios precede, redefine y juzga el liderazgo eclesiástico implica reconocer que el liderazgo bíblico surge como una respuesta obediente a la acción de Dios. En las Escrituras, los liderazgos no se originan en aspiraciones personales, sino en el llamado divino. Carner y Warner definen el liderazgo cristiano como un don, no un logro. Y se define

³ C. Wright, *La misión de Dios: Descubriendo el gran mensaje de la Biblia* (Certeza Unida: Buenos Aires, 2009), 35

como una participación agradecida en la vida y misión del Dios trino en el mundo.⁴ Liderar sin discernimiento teológico y misional no es solo metodológicamente riesgoso, sino también bíblicamente inconcebible, pues desconecta al liderazgo de su fuente y propósito. El liderazgo misional consiste en remover del foco de los programas de éxito y renovar su compromiso con la narrativa bíblica como punto de partida.

El Riesgo del Pragmatismo Eclesial

Durante mucho tiempo hemos asumido que los mapas misionales que hemos estado siguiendo eran bíblicos y efectivos. Sin embargo, se trata de modelos aprendidos y transferidos de una cultura ministerial informada de las narrativas de la modernidad.

La modernidad, con su enfoque científico y racional, a separado lo espiritual de lo natural en nuestra visión del mundo. Y en el contexto del liderazgo cristiano, a menudo recurrimos a patrones de las ciencias sociales para la planificación estratégica en lugar de basarnos en principios Escriturales. Usamos teorías y conceptos provenientes de disciplinas como la psicología, la sociología o la administración para guiar la toma de decisiones y el accionar en el ministerio de la iglesia. La respuesta natural de muchos líderes organizacionales es a liderar basados en la experiencia anterior, no en las Escrituras. Liderar la misión de memoria. Sobre esto, Roxburg resalta: “Los conocimientos de gestión empresarial simplemente se bautizan en una perspectiva cristiana, añadiéndoles versículos de la Biblia adjuntos.”⁵ Se usa la Palabra de forma superficial, como soporte de ideas que generalmente se secularizan, lo que da lugar a una desconexión entre la enseñanza bíblica y su encarnación práctica en la misión.

Esto exige un proceso intencional de desaprendizaje de hábitos eclesiales profundamente arraigados, para reaprender prácticas que, paradójicamente, resultan más auténticamente bíblicas. En palabras de Alan Hirsch: “Toda renovación se reduce a una cuestión de legitimidad bíblica y teológica.”⁶

Hirsch también subraya que la iglesia posee un ADN misional original, reflejado en las funciones corporativas descritas en Efesios 4: “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros.”⁷ Estas funciones constituyen el “cableado interno” que permite a la iglesia participar plenamente en la misión de Dios. Sin embargo, un reduccionismo histórico ha concentrado el ministerio casi exclusivamente en la función de pastorear y enseñar, que ha generado una disfunción estructural en el cuerpo de Cristo.⁸ La iglesia es apostólica porque participa del movimiento misionero de Dios, es profética porque representa a Dios como su vocera en el mundo, es evangelística como agente proclamadora del mensaje de salvación, es pastoral como familia del pueblo redimido, y es docente como buscadora apasionada de la verdad para compartirla a este mundo. Dichas funciones no describen simplemente una estructura ministerial, sino un diseño teológico orientado a la participación misional de todo el cuerpo de Cristo. El dilema, entonces, no es la

⁴ Kenneth L. Carder y Lacey C. Warner, *Grace to Lead: Practicing Leadership in the Wesleyan Tradition* (General Board of Higher Education and Ministry, the United Methodist Church: Nashville, Tennessee, 2016), 10.

⁵ Roxburg, *Missional Map-Making*, 82

⁶ Alan Hirsch, *5Q: Reactivating the Original Intelligence and Capacity of the Body of Christ* (100movement, 2017), 41.

⁷ Biblia Reina Valera 1960, (RVR1960), *Efesios 4:5*.

⁸ Hirsch, *5Q*, 74.

falta de líderes, sino una comprensión restringida de la vocación misional. En este marco, la enseñanza de Efesios 4 adquiere una relevancia misional decisiva para la comprensión del liderazgo eclesiástico.

La fidelidad misional como discernimiento denominacional

Desde la perspectiva denominacional, nuestra declaración de misión como nazarenos—“hacer discípulos semejantes a Cristo en las naciones”—fue adoptada oficialmente antes de la Asamblea General de 2009 como articulación explícita del llamado de la Iglesia a participar en la misión de Dios según la Gran Comisión. Más adelante, en 2009, la Asamblea General amplió esta declaración integrando las prácticas mediante las cuales se cumple: evangelismo, educación, compasión, justicia, y testimonio del reino de Dios.⁹

Esta formalización no introdujo una nueva misión, sino que nombró y ordenó formalmente una realidad misional que ya estaba en el ADN de la Iglesia en sus orígenes, expresada en su praxis y en su compromiso con el discipulado y la santidad. Se trata, a todas luces, de un acto de discernimiento y de reafirmación del rumbo misional. Como lo recordó recientemente el Superintendente General Dr. David Busic, en su sermón del servicio del 11 de junio de 2023, en la 30ª Asamblea General de la Iglesia del Nazareno, cuando subrayó una verdad fundamental: la iglesia debe dirigir sus esfuerzos atrevidamente hacia la misión en vez de cultivar una mentalidad de mantenimiento, al expresar: “El objetivo de la Iglesia del Nazareno no es perpetuar nuestra institución, es seguir a Jesús en su misión en el mundo,”¹⁰ Busic no solo destacaba la necesidad de ser una iglesia audaz, sino que también advertía sobre el peligro de perder el rumbo. La fidelidad misional, y no la supervivencia institucional, es el criterio rector del liderazgo eclesiástico.

Si la misión es bíblica, trinitaria y anterior a la iglesia, entonces el liderazgo es verdaderamente fiel y misional en la medida en que permanece anclado a la narrativa bíblica y orientado por la misión de Dios. Recuperar la centralidad de la misión de Dios, no es una opción estratégica, sino una exigencia teológica.

Coherencia Teológica

La Teología y Misión: Una Relación Constitutiva

La doctrina y la teología son fundamentales para repensar el liderazgo eclesiástico desde la misión. Si bien, como afirmábamos antes, la política, economía, psicología, sociología y otras ciencias sociales han llegado a dominar gran parte del discurso contemporáneo, y a configurar prácticas incluso dentro de ámbitos eclesiales, resulta imprescindible volver a situar la reflexión en el centro del discernimiento misional.

Preguntas como «¿Quién es Dios?» y «¿Qué está haciendo Dios en el mundo?» son preguntas eminentemente teológicas y doctrinales. De ellas se derivan nuestra comprensión sobre la naturaleza, y propósito de la existencia de la iglesia, su identidad y misión.

Teologías Explícitas e Implícitas

⁹ “Acciones legislativas y boletas de votación de la Junta general,” Red de Comunicaciones Nazarenas, junio de 2009, <https://web.archive.org/web/20110726183732/https://www.nph.com/nphweb/html/ncn/article.jsp?id=10007296>.

¹⁰ David A. Busic, “Sermón en la Asamblea general de la Iglesia del nazareno,” transmisión en vivo de YouTube, 11 de junio del 2023, 1:14:05-1:14:15, https://www.youtube.com/live/3b-cK4g_FLk.

Precisamente desde esta centralidad teológica surge la tarea de examinar la brecha—a menudo invisible—por la coherencia entre lo que la iglesia afirma creer y lo que efectivamente ella practica. Cuestión inevitable en todo proceso de renovación misional. Esta tensión puede describirse como la distancia entre las teologías explícitas—formuladas en credos, declaraciones doctrinales y misionales—y las teologías implícitas que se revelan en las decisiones, prioridades y prácticas cotidianas de la vida eclesial. Cuando estas dimensiones entran en conflicto, la renovación requiere un liderazgo misional disruptivo capaz de reconectar la misión y la práctica.

De este modo lo que comenzó como una expresión fresca de una misión esperanzadora, puede a menudo sin proponérselo, verse paralizado por complejas capas de burocracia. Claramente las organizaciones tienen una curva natural hacia su final; el ingenio está en saber renovarse. El reconocido misionólogo Alan Hirsch nos ofrece aquí una clave de oro para entender un principio vital. Aunque la misión parece ser centrípeta, su verdadera naturaleza es, en realidad, centrífuga: envía a la iglesia hacia el mundo.¹¹ Mantenernos en movimiento es crucial para articular coherentemente la fe confesada con la práctica misional concreta.

En este punto, el desafío que enfrenta la iglesia no es la ausencia de una teología adecuada, ni la necesidad de descubrir una teología alternativa, sino redescubrir nuestra propia herencia teológica y permitir que esta ejerza su carácter transformador sobre la vida, liderazgo y misión de la iglesia.

Como vimos antes la declaración de misión de la Iglesia del Nazareno afirma nuestra identidad wesleyana de hacer discípulos semejantes a Cristo. Sin embargo, en la práctica eclesial cotidiana, esta convicción teológica no siempre se traduce con la misma claridad en las prioridades, estructuras y dinámicas ministeriales. Con mucha frecuencia la iglesia se ve diluida en otros quehaceres, y como resultado la gran parte de nuestras energías ministeriales, - desde los programas hasta las hojas contables de las congregaciones-, no siempre son una expresión viva de esta misión. Hay que dejar aquí algo claro. Esta tensión no es necesariamente originada por un rechazo consciente de la misión, sino por una desconexión progresiva.

Este desafío no es exclusivo de una denominación o contexto local. El reciente proceso de escucha del Movimiento de Lausana, -que resultó en la declaración de Seoul-, identificó profundas lagunas bíblicas y teológicas que están debilitando la misión global de la iglesia, particularmente en la forma en que se define, proclama y vive el evangelio en contextos contemporáneos.¹²

Aquí emerge una pregunta crucial: ¿qué tipo de teología conecta nuestras creencias con lo que verdaderamente hacemos? Aclaremos que, como antes mencionaba, no necesitamos una nueva teología, porque nuestra tradición teológica es ya eminentemente misional. Sin embargo, la pregunta decisiva no es si nuestra teología es misional en sus formulaciones, sino si es la teología que realmente informa nuestras prácticas, estructuras y metodologías. El desafío no reside en la falta de reflexión teológica, sino en el tipo de teología que esta operando en la vida cotidiana de la iglesia.

¹¹ Alan Hirsch, *Forgotten Paths: Reactivating the Missionary Church* (Publisher: Missional Press, 2009), 132.

¹² Lausanne Movement, “Introducing the Seoul Statement,” Lausanne.org, 22 de septiembre de 2024, sección “The Seoul Statement addresses contemporary gaps that the Theology Working Group (TWG), <http://lausanne.org/about/blog/introducing-the-seoul-statement>.

No es la teología que se encierra en la oficina, la que puede responder a esta imperiosa necesidad de cambio en los ámbitos eclesiales, sino aquellos que conectan la fe con la cotidianidad. A este modo de hacer teología podemos denominarlo “teología del camino”: una reflexión cristiana que se desarrolla mientras se camina, que acompaña la misión en su devenir histórico y que discierne la acción de Dios en medio del cambio. Esta teología invita a confiar en Dios, y desarrollar un liderazgo misional adaptativo, capaz de crear nuevos mapas ministeriales mientras se viaja, ante la disfuncionalidad de los mapas misionales actuales.¹³

La Coherencia Misional de la Teología Wesleyana

La tradición wesleyana ofrece un ejemplo paradigmático de esta teología encarnada. John Wesley encarnó un liderazgo misional inconforme con las estructuras eclesiales de su tiempo, integrando santidad, misión, y vida cotidiana. Esta orientación práctica se articula de manera coherente en la soteriología wesleyana, donde, expresa a través de su énfasis en la perfectibilidad de la naturaleza humana la imagen de un camino. La salvación no se concibe solo como una crisis sino como un proceso, los wesleyanos no solo decimos “somos salvos”, sino también “estamos siendo salvos.”¹⁴ Wesley creía que las personas, al responder a Dios con fe y arrepentimiento y vivir obedientemente sus mandamientos a través de los medios de gracia, no solo encontrarían salvación, sino que estarían en el camino hacia la pureza.¹⁵ Como argumenta Smith, aunque la información puede ayudarnos a ver el poder negativo de los malos hábitos y patrones pecaminosos, eso en sí mismo no es suficiente para deshacerlos.¹⁶

Desde esta comprensión, la misión encuentra su “telos” en una salvación holística que integra arrepentimiento, fe y santidad, tal como Wesley las plantea como las doctrinas fundamentales: “Nuestras doctrinas principales, que incluyen todo lo demás, son tres: el arrepentimiento, la fe y la santidad. Digamos que consideramos el primero como el pórtico de la religión; la segunda como la puerta y la tercera como la religión en sí misma.”¹⁷ Esta imagen soteriológica ilumina también la dinámica de la gracia en clave misional.

La gracia preveniente amplía la visión de la iglesia al reconocer que Dios actúa antes de toda iniciativa humana, invitando al liderazgo misional a participar de lo que ya Dios está haciendo en el mundo. Participar en la misión es, en esencia, aprender a reconocer los rastros de la gracia que precede a la iglesia en personas, culturas y realidades concretas.

La gracia justificadora, por su parte, introduce una urgencia evangelística clara. La proclamación del arrepentimiento y la fe no es opcional. Los mensajes y el ministerio de Wesley estaban condicionados por la urgencia misional de su tiempo, como escribe en una de sus cartas en 1755: “Usted tiene un solo negocio sobre la tierra: salvar almas.”¹⁸

¹³ Roxburg, *Missional Map-Making*, 123.

¹⁴ Kevin M. Watson y Scott T. Kisker, *The Band Meeting: Rediscovering Relational Discipleship in Transformational Community* (Sedbeed Publishing: Franklin, Tennessee, 2017), 50.

¹⁵ D. Michael Henderson, *John Wesley's Class Meeting: A Model for Making Disciples* (Rafiki Books, 2016), 116.

¹⁶ James K. A. Smith, *You are What You Love: The Spiritual Power of Habit* (Baker Publishing Group: Grand Rapids, Michigan, 2016), 61.

¹⁷ Justo L. Gonzales ed. *Obras de Wesley*, Tomo V (Wesley Heritage Foundation, 1996-1998), 192.

¹⁸ *Obras de Wesley*, 13. 283. Una carta a Christopher Hopper del 8 de octubre de 1755.

Finalmente, la gracia santificante orienta hacia la formación profunda de discípulos y líderes misionales, subrayando que la misión no consiste solo en enviar personas al mundo, sino que forma el carácter de quienes participan en ella. De allí la importancia de las prácticas formativas, las reuniones de las clases y las bandas integraban dos elementos fundamentales para la transformación del creyente: los hábitos y las comunidades de pacto. Para Wesley, la santidad social se refiere a los ambientes que brindan la plataforma adecuada para establecer hábitos y relaciones transformadoras a través de las comunidades bajo pacto.¹⁹

La teología wesleyana nos indica la ruta para vivir nuestras convicciones cristianas de manera renovada, auténtica y relevante para nuestro entorno. Integrar la fe en lo cotidiano impulsa un verdadero avivamiento y una renovación misional. No obstante, una teología coherente solo alcanza su plenitud cuando se encarna en la cultura. La fidelidad misional y la coherencia doctrinal reclaman una reflexión sobre cómo la iglesia vive su vocación en medio de realidades cambiantes.

Vocación Encarnada

Dialogo entre Misión y Cultura

El mundo contemporáneo se caracteriza por transformaciones culturales aceleradas que desafían profundamente a la iglesia y su liderazgo. Cambios en las formas de comunicación, en la comprensión de la identidad, en las dinámicas sociales, y en las estructuras de poder que han alterado los marcos tradicionales desde los cuales la iglesia ha comprendido su misión. En este contexto, la misión de Dios, -la cual precede, sostiene y orienta toda acción eclesial-, solo puede vivirse de manera teológicamente fiel cuando se encarna en un contexto concreto. No habrá renovación auténtica en la iglesia y su liderazgo si esta permanece ajena a los procesos culturales que configuran la vida cotidiana de las personas a quienes es enviada.

La relación entre la iglesia y la cultura no puede resolverse mediante una postura simplista. Justo González que hay un doble lente desde el cual se debe de ver la cultura, el amor y la presencia de Dios, por una parte, y la corrupción del pecado por otra.²⁰

Por un lado, la iglesia está llamada a ser una comunidad contracultural, en sus valores y misión, su identidad no se define por el discurso imperante. Las imágenes bíblicas del “extranjero” y “el exiliado” capturan la relación de los creyentes con el mundo presente.²¹ La iglesia vive conforme a una lógica distinta, lo cual inevitablemente genera tensión y contraste en su entorno.

Sin embargo, esta dimensión contracultural no puede entenderse como rechazo absoluto de la cultura. Resulta imposible establecer una separación tajante entre evangelio y cultura, precisamente porque en el centro del mensaje cristiano se encuentra Jesucristo, el Verbo hecho carne. La encarnación revela que Dios no salva desde afuera de la cultura, sino desde dentro de la experiencia humana concreta. Por ello, la misión siempre implica un encuentro entre el evangelio y culturas específicas, encuentro que exige discernimiento, humildad, y empatía. Definitivamente, toda persona que participa en la misión lleva consigo su propia cultura, y

¹⁹ Henderson, *John Wesley's Class Meeting*, 120.

²⁰ Justo L. Gonzalez, *Culto, Cultura y Cultivo: Apuntes teológicos en torno a las culturas* (Ediciones Puma: Lima, Perú, 2008), 117.

²¹ Gregory J. Odgen, *Discipulado que Transforma: El modelo de Jesús* (Editorial Clie: Barcelona 2006), 31.

mucho de lo que considera “evangelio puro” es, en realidad, la forma cultural en la que ha aprendido a vivir la fe.²²

Una Ecología Relacional de la Misión

En contextos marcados por el imaginario moderno, la cultura dominante ha moldeado también la manera en la que la iglesia concibe su misión y liderazgo. Como observa Roxburg, muchos ven su mundo a través de la metáfora de la máquina de la era industrial y construyen sus organizaciones en consecuencia.²³ En este marco, la iglesia se percibe como una maquinaria que opera según leyes que ofrecen previsibilidad y control al liderazgo. Cuando todas las piezas están correctamente ubicadas, es posible avizorar un futuro deseable.

Como resultado de esta cultura de la maquinaria eclesiástica, los métodos se han convertido en fines y las personas en objetos, reemplazando el crecimiento centrado en las personas por programas y estrategias impersonales.²⁴ Esto ha generado en nuestras comunidades una mentalidad de espectador, y consumismo religioso, donde pocos logran involucrarse realmente mediante sus dones. La formación cristiana auténtica requiere una ecología donde las relaciones y no las metodologías ocupen el centro de la vida misional.

En nuestro diálogo contextual, a menudo erramos por adoptar una postura pasiva. Sin percatarnos, la cultura circundante ha moldeado nuestras concepciones sobre el ministerio. Y es que no necesitamos inventar un ministerio que se ajuste a nuestra cultura, simplemente necesitamos recuperar el ministerio que ya ha sido dado, y este por sí solo irrumpirá efectivamente en ella.²⁵

Discernimiento Misional Encarnado en la Historia

Desde una perspectiva misional, el encuentro con nuevas culturas no puede darse desde la sospecha o la superioridad, sino desde el reconocimiento de que toda cultura es un espacio donde Dios ya está actuando.²⁶ En la historia de la misión cristiana, allí donde el evangelio fue capaz de aprender nuevas lenguas, valorar la multiculturalidad y formar liderazgo autóctono, la iglesia logró arraigarse profundamente.

La memoria histórica de la Iglesia del Nazareo en Cuba recoge que, al retirarse los misioneros norteamericanos el 30 de octubre de 1960 como consecuencia del cambio político en el país, quedó sobre la mesa del seminario un sencillo documento con los nombres de quienes asumirían la responsabilidad del liderazgo nacional. Aquel gesto simbolizó una transición forzosa pero decisiva: la misión continuaba ahora en manos de líderes locales llamados a discernir, encarnar y sostener la obra en su propio contexto. Años después fue notorio que la tarea quedó en las buenas manos.²⁷

En contextos marcados por herencias misionales importadas, la renovación del liderazgo debe de pasar necesariamente por un proceso de discernimiento crítico: agradecer los dones

²² Gonzalez, *Culto, Cultura y Cultivo*, 122.

²³ Roxburg, *Missional Map-Making*, 79.

²⁴ Odgen, *Discipulado que Transforma*, 121.

²⁵ Hirsch, *5Q*, 41.

²⁶ González, *Culto, Cultura y Cultivo*, 117.

²⁷ Leonel López, *Breve reseña histórica de la Iglesia del Nazareno en Cuba* (Ponencia presentada en la primera conferencia teológica nazarena Iberoamericana, llevada a cabo del 18 al 19 de octubre de 2004 en San José, Costa Rica), 4.

recibidos, reconocer las prácticas que ya no comunican vida y permitir que el Espíritu suscite expresiones autóctonas de misión. Algunas preguntas que la iglesia cubana puede hacerse para profundizar en su perspectiva de la misión y las misiones, en gran parte aislada de los misioneros americanos, pueden ser: ¿Qué hemos aprendido? ¿Qué hay que sanar? ¿Dónde se falló? ¿Cómo participa la iglesia en las misiones ahora?

La misión de Dios siempre toma forma en contextos concretos, y por esta razón el liderazgo misional no replica modelos, sino que discierne la obra del Espíritu en su propia ambientación. Como afirma el manual de la Iglesia del Nazareno: “La iglesia es una realidad histórica que se organiza en formas culturalmente adaptadas; existe tanto como congregaciones locales y como cuerpo universal”²⁸. Esta afirmación establece un marco analítico crucial; la iglesia está llamada a encarnarse en sus contextos sin perder su identidad apostólica ni su comunión global.

La iglesia exhibe a Cristo de maneras diversas, pero fieles (...) a lo largo de la historia y en todo el mundo, las iglesias locales exhiben una espectacular diversidad de tradiciones y formas, moldeadas por la influencia de sus culturas distintivas y por los retos contextuales únicos que enfrentan.²⁹

El liderazgo misional debe discernir continuamente qué prácticas, estructuras, y modelos sirven fielmente a la misión de Dios en un contexto dado, y cuáles responden más a inercias históricas o modelos importados que ya no comunican el evangelio con claridad.

En contextos como el cubano, donde la iglesia ha debido aprender a vivir y servir con recursos limitados y bajo condiciones cambiantes, la misión no se sostiene en la reproducción de modelos externos, -como en un principio se asumió con la llegada de misioneros norteamericanos-, sino en una presencia fiel, resiliente, y profundamente encarnada. Se requiere un compromiso profundo con un modelo de vocación encarnada, donde haya una “kenosis” de las actitudes etnocentristas que son condicionadas por prejuicios y construcciones sociales que segregan. El ejemplo de amor encarnacional de Jesús expresado por Pablo en Filipenses 2.5–11, representa un desafío significativo, ya que nos impulsa hacia afuera del ambiente de autoridad que nos brinda el púlpito. “Esto implica salir de nuestras propias zonas de confort culturales hacia el gran territorio desconocido del mundo de otros.”³⁰

La iglesia está llamada a existir como una comunidad social cuya vida refleje dinámicamente la naturaleza amorosa y creativa de Dios.³¹ Como expresó Wesley: “El mundo es mi parroquia,” recordando que la misión no se limita a espacios sagrados, sino que se despliega en la situación concreta de la gente.

Conclusión

Liderar misionalmente no es velar por el éxito institucional, sino permitir que la misión de Dios reforme nuestras estructuras, nuestras prácticas, y nuestra comprensión del liderazgo

²⁸ Iglesia del Nazareno. *Manual de la Iglesia del Nazareno* (Casa Nazarena de Publicaciones: Lenexa Kansas City, EUA, 2023), 25.

²⁹ Movimiento de Lausana, *La Declaración de Seoúl* (Seoúl-Incheron: Lausanne Movement, 2024), sec III, <https://lausanne.org/es/statement/la-declaracion-de-seul>.

³⁰ Gary A. Parret et. al., *A Many Colored Kingdom: Multicultural Dynamics for Spiritual Formation*. (Baker Publishing Group: Grand Rapids, Michigan, 2004), 40.

³¹ Roxburg, *Missional Map-Making*, 77.

eclesiástico. Cuando la iglesia vuelve a la misión, el liderazgo deja de controlar los resultados, aprende a discernir, deja de atraer, aprende a enviar; deja de reproducir modelos, aprende a encarnar el evangelio.

A lo largo de este recorrido hemos visto que el liderazgo eclesiástico solo puede renovarse cuando la fidelidad misional es el criterio para desarrollar el liderazgo, hay coherencia teológica entre las creencias confesadas y las prácticas vividas, y se sostiene una vocación encarnada que busca un discernimiento contextual. Allí donde estas dimensiones convergen, la iglesia es capacitada para vivir su identidad misional con integridad y esperanza.

En conclusión, hoy Jesús nos sigue desafiando a echar las redes nuevamente. Debemos dejar de lado nuestros conocimientos previos y confiar en la dirección divina para lograr resultados sorprendentes. Una y otra vez, somos desafiados, como Pedro, a decir, sean las circunstancias que sean, “en tu palabra echaré la red.” Este gesto resume el liderazgo misional que hoy necesitamos. No se trata de negar la experiencia, ni de desestimar el conocimiento previo, sino de someterlos al discernimiento de la misión de Dios.

En un mundo cambiante, la misión no depende primeramente de la habilidad del experto, sino de participar humildemente de lo que Dios ya está haciendo. Allí donde la iglesia es configurada por la *missio Dei*, la misión vuelve a dar fruto.

Trabajos Citados

- Busic, David A, “Sermón en la Asamblea general de la Iglesia del nazareno,” transmisión en vivo de YouTube, 11 de junio del 2023, 1:14:05-1:14:15, https://www.youtube.com/live/3b-cK4g_FLk.
- Carder, Kenneth L. y Warner, Lacey C. *Grace to Lead: Practicing Leadership in the Wesleyan Tradition*. Nashville, Tennessee: General Board of Higher Education and Ministry, the United Methodist Church, 2016.
- Conde-Frazier, Elizabeth, S. Steve Kang, y Gary A. Parret. *A Many Colored Kingdom: Multicultural Dynamics for Spiritual Formation*. Grand Rapids, Michigan: Baker Publishing Group, 2004.
- González, Justo. L. *Culto, Cultura y Cultivo: Apuntes Teológicos en Torno a las Culturas*. Lima, Perú: Ediciones Puma, 2008.
- HH, D. Michael. *John Wesley's Class Meeting: A Model for Making Disciples*. Rafiki Books, 2016.
- Hirsch, Alan. *5Q: Reactivating the Original Intelligence and Capacity of the Body of Christ*. 100movement, 2017.
- Hirsch, Alan. *Caminos Olvidados: Reactivemos la Iglesia Misional*. Editorial: Missional Press, 2009.
- Iglesia del Nazareno. *Manual de la Iglesia del Nazareno*. Lenexa, Kansas City, EUA: Casa Nazarena de Publicaciones, 2023.

- López, Leonel. *Breve Reseña Histórica de la Iglesia del Nazareno en Cuba*. Ponencia presentada en la Primera Conferencia Teológica Nazarena Iberoamericana, San José, Costa Rica, 18-19 de octubre de 2004.
- Movimiento de Lausana. La declaración de Seúl. Seúl-Incheon: Lausanne Movement, 2024.
<https://lausanne.org/es/statement/la-declaracion-de-seul>.
- Odgen, Gregory J. *Discipulado que Transforma: El modelo de Jesús*. Barcelona: Editorial Clie, 2006.
- Red de Comunicaciones Nazarenas, “Acciones legislativas y boletas de votación de la Junta general,” Junio de 2009. <https://web.archive.org/web/20110726183732/https://www.nph.com/nphweb/html/ncn/article.jsp?id=10007296>.
- Roxburg, Alan J. *Missional Map-Making: Skills for Leading in Times of Transition*. Market Street, San Francisco: Jossey-Bass, 2010.
- Smith, James K. A. *You are What You Love: The Spiritual Power of Habit*. Grand Rapids, Michigan: Baker Publishing Group, 2016.
- Watson, Kevin M. y Scott T. Kisker. *The Band Meeting: Rediscovering Relational Discipleship in Transformational Community*. Franklin, Tennessee: Seedbed Publishing, 2017.
- Wright, C. *La misión de Dios: Descubriendo el gran mensaje de la Biblia*. 1 Ed, Buenos Aires, Certeza Unida, 2009.